

Recensiones

KIERKEGAARD, Søren, *Escritos de Søren Kierkegaard*. Edición Rafael Larrañeta, Darío González, Rafael Larrañeta y Begonya Saez, Madrid, editorial Trotta, 2000, volumen I: *De los papeles de alguien que todavía vive* (trad. B. Saez) y *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates* (trad. D. González), 366 páginas.

Es un lujo poder escribir acerca del que se ha llamado el más grande proyecto editorial de Dinamarca en el recientemente pasado siglo. Se trata de la primera edición completa de las obras, diarios y papeles, cartas y documentos, del gran filósofo danés Søren Aaby Kierkegaard: *Søren Kierkegaards Skrifter*. Constará de 55 volúmenes, de los cuales 28 contendrán los textos del autor y 27 serán notas aclaratorias y comentarios de los estudiosos, habiendo sido publicados los primeros volúmenes en 1997 y calculándose su término en el 2009. Además se tiene prevista una versión en CD-rom.

“Søren Kierkegaard Forskningscenteret”, perteneciente a la Universidad de Copenhague y financiado por “Danmarks Grundforskningsfond”, junto con la editorial “Gads Forlag” de Copenhague son los responsables de esta empresa. Los directores que la llevan a cabo, Niels Jørgen Cappelørn, Joakim Garff, Jette Knudsen, Johnny Kondrup y Alastair McKinnon, guiados por el principio de asegurar la autenticidad de los textos, recurren para su trabajo a la primera edición de los escritos y a las posteriores revisadas por el autor cuando aún vivía. Han procurado mantener una postura igualmente objetiva, no interpretativa, en los volúmenes de comentarios.

Hasta el momento han sido publicados 6 volúmenes de las obras de Kierkegaard, junto con sus correspondientes 6 volúmenes de comentarios, conteniendo cada uno de ellos: *Af en endnu Levendes Papier (De los papeles de alguien que todavía vive)* y *Om Begrebet Ironi (Sobre el concepto de ironía)* el volumen 1, *Enten-Eller.Første del* y *Enten-Eller. Anden del (O lo uno o lo otro)* los volúmenes 2 y 3, *Gjentagelsen, Frygt og Bæven, Philosophiske Smuler* y *Forord (La repetición, Temor y temblor, Migajas filosóficas, El concepto de la angustia y Prólogo)* el volumen 4, *Opbyggelige Taler (Discursos edificantes)* el volumen 5, *Stadier paa Livets Vei*

(*Estadios en el camino de la vida*) el volumen 6.

Paralelamente, se está llevando a cabo la traducción al castellano, inglés, francés, alemán y chino de la nueva edición danesa, todo ello bajo la supervisión del citado Centro Kierkegaard, quien se ha rodeado del personal más cualificado. En el caso de la traducción castellana es la editorial Trotta quien se encarga de la publicación de los textos. En febrero del pasado año salió el primer volumen de los *Escritos de Søren Kierkegaard*, cuyos traductores son Begonya Saez y Darío González. Pero esta colaboración entre Trotta y el centro danés fue posibilitada ya en el 1997 con la traducción de *Migajas filosóficas*, a partir de la antigua edición danesa, por el profesor de la universidad Complutense Rafael Larrañeta, máximo investigador de la obra de Kierkegaard desde hace ya varios años. De este primer volumen recientemente publicado voy a hacer seguidamente una recensión.

El volumen I de los *Escritos de Søren Kierkegaard* se inicia con el texto *De los papeles de alguien que todavía vive (Af en endnu Levendes Papirer)*, primer escrito del autor danés, publicado en 1838. Se trata de una crítica literaria de la poesía y narrativa danesas, en relación con los contextos político y filosófico de la Dinamarca de la época, deteniéndose en la novela del famoso H.C. Andersen *Apenas un músico*.

Implícita está la búsqueda de orientación en el interior de este mundo literario por parte del joven Kierkegaard, que se deja percibir, por un lado, como una cierta ambigüedad en la postura crítica que sustenta –así, termina estas páginas con “un sentimiento de gratitud” para el objeto de su ira precedente, Andersen, “al hombre a quien todo debo”- y por otro lado, en la redacción empleada, pues sólo puede considerarse un titubeante boceto del estilo literario que más tarde convertirá a Kierkegaard en una de las cumbres de las letras danesas, junto con el propio Andersen y Karen Blixen.

Precisamente por esto el texto trasparenta espontaneidad, procediendo su frescura de un análisis fundamentado pero sin pretensiones de sentar cátedra, dejando abierta la puerta de una posible crítica de la crítica –finaliza el autor con un “lo que he escrito con tinta simpática”.

Es igualmente sincero el motivo que da lugar a este escrito: el descontento de Kierkegaard ante su época, la cual adolece de “el gran intento de Hegel de empezar por nada” (pág. 25, paginación de la versión en castellano aquí comentada). El autor puntualiza que, poseyendo la seriedad y el genio de aquel maestro a la par que un interés puramente especulativo, no hay inconveniente en adherirse a dicha empresa, pero si la literatura tiene otras pretensiones, a saber, contener una “concepción de la vida(...) la cual presupone sin duda su correlación con la existencia en la misma medida en que surte en esta última su efecto” (pág. 28), entonces ella no se puede empeñar en partir de cero, porque la vida individual perdería todo interés y dejaría de ser justamente eso. Así es como Kierkegaard entra en la polémica, que tanto auge ha conocido en este pasado siglo, acerca del estatuto de la novela y sus lazos con la realidad. Ahora bien, no es gracias a una abstracción metafísica de la existencia particular como la que realiza la filosofía hegeliana, como “los individuos se desmigajan como la seca arena entre los dedos” (pág. 35), sino gracias a una exaltación poética que

parece decir “que viva aquí o en el otro mundo una vida transfigurada como vive en nuestro recuerdo” (pág. 30).

No obstante, los autores que Kierkegaard trae a colación aquí (fundamentalmente Thomasine Gyllembourg, madre de Heiberg y St. Blicher), si bien sufren el extravío de la época, poseen una “concepción de la vida”, no de forma teórica, sino que es la propia riqueza espiritual de dichos “poetas” la que recorre sus textos como “transubstanciación de la experiencia” (pág. 38).

En este punto entra Andersen, quien carece absolutamente de aquello que da unidad y finalidad a una novela. Y Kierkegaard pasa a analizar las causas de tipo psicológico que impidieron a Andersen dar el paso definitivo de las bellas creaciones líricas de su juventud a “lo épico”, en donde se efectúa “el profundo y serio abrazo de una realidad dada” (pág. 33). Así, dicho autor no hace sino echar al mundo una serie de particularidades que son narradas en clave de realidad, y el vacío fundamental de dichos personajes lo llena insertando “eventualidades”. Éstas son de dos tipos: las unas hijas del estado anímico propio del autor, que es el de un furibundo “descontento con el mundo”, encargado de dirigir en la sombra a los personajes, los cuales son incapaces de comprender su vida hacia atrás, puesto que la llevan impuesta sobre sus hombros como una joroba; y por otro lado, están las eventualidades del saber anderseniano, es decir, las coplillas, sentencias y prolijidades histórico-geográficas, que son utilizadas indiscriminadamente sin que se acierte a ver qué consecuencias tienen para la narración.

Finalmente, Kierkegaard constata dichas “eventualidades” en algunos pasajes de la novela “Apenas un músico”, para mostrar así la incongruencia absoluta con que dibuja Andersen al personaje principal, el músico Christian.

El segundo texto kierkegaardiano que se encuentra en este volumen es *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates (Om Begrebet Ironi med stadiet Hensyn til Socrates)*. Se trata de la tesis que el autor defendió en la facultad de filosofía de la universidad de Copenhague en 1841 para obtener el grado de Magister.

La obra va precedida de las quince tesis que sostiene y está dividida en 2 partes, tratando de dilucidar qué es la ironía. La primera de ellas se propone como meta la contemplación, el surgimiento y manifestación ante los ojos del lector de aquel fenómeno del que pueda proceder la ironía. Si, siguiendo a Hegel, todo concepto nace en algún determinado momento del tiempo, el nacimiento de la ironía la encontramos en la existencia histórico-real y fenoménica de Sócrates. Kierkegaard va a demostrarlo desplegando esta existencia a lo largo de tres capítulos.

Primeramente esta concepción ha de hacerse al menos posible, lo cual no es nada fácil si se toman en cuenta los divergentes retratos que del filósofo nos dejó la Antigüedad. La primera meta será ponerlos de acuerdo entre sí. Así Jenofonte convierte a Sócrates en un mero oportunista que hace de lo útil lo bello, de lo provechoso el bien, y de lo establecido lo verdadero, sin embargo hizo abstracción de la trama divina en que Sócrates urdió la existencia. Justamente es Platón quien reivindica este aspecto de Sócrates, contradiciendo a Jenofonte y convirtiendo al maestro en un depositario inmediato de lo divino. Tampoco cree Kierkegaard que esta sea una buena

caracterización de Sócrates, por lo que se pone a la tarea de analizar detenidamente algunos diálogos platónicos, llegando a la conclusión, a partir de ellos, de que Sócrates no fue tal depositario, puesto que no enseñó doctrina alguna ni propuso ninguna norma determinada en el obrar. Por ejemplo en *Banquete* no llega a determinarse el “Eros”, ni en *Protágoras* la virtud, ni en el libro I de *La república* se llega a saber qué sea la justicia, ni siquiera se apela a la reminiscencia como fuente de saber, el individuo sólo puede llegar a saber que no sabe nada. Tampoco en el otro mundo se postula la contemplación de las ideas, puesto que la muerte, como queda claro en *Fedón* o en *Apología*, es un momento negativo del que no podemos saber nada con seguridad. Recapitulando, en estos diálogos no se llega a determinaciones concretas, sino a la determinación indeterminada del ser puro y “la dialéctica de la que se da prueba una y otra vez no es tampoco una dialéctica propiamente filosófica (...) sino una *dialéctica meramente negativa*” (pág. 191). El método socrático y el platónico difieren. Sócrates nunca llegó a abrazar lo abstracto en cuanto especulativo y tampoco lo pretendía, anduvo entre las cosas más terrenas, por eso es fácil caer en el error de Jenofonte. Aunque también es claro que Sócrates no fue un sofista, porque en la elocuencia no hay consideración ni del objeto ni del interlocutor. Sócrates partía siempre de lo singular para volar hacia lo abstracto considerado como negatividad, como límite, que denuncia un vacío, el contenido aparente de lo finito, que se succiona mediante el preguntar reiterado, pero que no espera respuesta alguna como en el caso de Platón, sino más bien el efecto, el eco de sus palabras en el que escucha, la contrarréplica. De este modo, “el *preguntar* designa, *por una parte, la relación del individuo con el objeto, y, por otra parte la relación del individuo con otro individuo*” (pág. 102). Sócrates, entonces, simplemente lleva a los demás al punto donde él está, a reconocer su ignorancia. El resultado al que nos lleva esta postura es sin duda cómico. Por eso encuentra Kierkegaard que es Aristófanes quien da un testimonio más real de Sócrates en *Las nubes*, al presentarlo como “personalidad”, es decir, como el hombre que siempre está solo, que continuamente se retrotrae sobre sí mismo, y goza en el proceso de este movimiento: “al conducir permanentemente el fenómeno hacia la idea (la actividad dialéctica), el individuo es repelido o huye de vuelta hacia la realidad; pero la realidad misma no tiene otra validez que la de ser permanentemente *ocasión* del hecho de que se quiera ir más allá de la realidad, sin que esto suceda sin embargo, mientras que el individuo, en cambio, recupera para sí estos *molimina*, los recoge dentro de sí para su *satisfacción personal*; pues bien, *precisamente esa posición es la ironía*” (pág 199). Platón no se contentó con el afán socrático y fue más allá, introduciendo el mito, es decir, hizo que la idea fuera visible mediante la imaginación, no aporta más información pero procura reposo al filósofo, de esta forma, lo bello en sí sería un mito más. Aquí termino este primer capítulo, que recomiendo a todo lector medianamente interesado en la filosofía platónica. Kierkegaard realiza una exposición bellísima de los citados diálogos, al tiempo que se emplaza con rigor en un diálogo vivo con los intérpretes Baur, Ast, Schleiermacher o Röscher.

En el segundo capítulo de esta primera parte, la concepción de la existencia de Sócrates como ironía, se hace real, en tanto en cuanto Kierkegaard toma en conside-

ración, no ya a los intérpretes de Sócrates, sino los datos históricos, el contenido de la condena de Sócrates por el Estado ateniense. De nuevo se constata que la posición socrática era irónica. A través del estudio del “demonio” (que decía Sócrates escuchar dentro de sí, instándole a abstenerse de obrar, advirtiéndole), puede uno entender que el Estado le condenara por introducir nuevas divinidades en flagrante pugna con las establecidas, así como de corromper a la juventud. La postura de Sócrates, al ser la de la subjetividad absolutamente libre, no puede reconocer mayor autoridad que ella ni en el Estado ni en el vínculo de la familia. Pero por otro lado, no sustituyó lo establecido en materia religiosa por algo positivo: su “demonio” sólo era una decisión interior, se inauguró con ella la subjetividad y la voluntad dejó de estar fuera de sí comenzando la interioridad, pero ella misma permaneció inconsciente, consistió en una egoísta autosuficiencia que se replegaba continuamente sobre sí misma sin atreverse a saltar a parte alguna, fuera de sí. Por eso tampoco fue el cabecilla de complot alguno entre la juventud, pues las relaciones que estableció con sus discípulos no llegaban a ser positivas. Más que corromperles, lo que hizo fue seducirles y una vez seducidos los apartaba de sí, ni los amó ni pretendió moralización alguna. Alcibiades pudo constatar que en vez del amante, Sócrates era el amado. Precisamente debido a esta postura, tampoco Sócrates intentó escapar de su condena a muerte, ya que en realidad, la validez del Estado había desaparecido para él, como forma imperfecta por encima de la que podía elevarse.

Finalmente, en el tercer capítulo, esta concepción de la existencia socrática se hace necesaria. Por supuesto, en esta parte se sigue a Hegel. Es en un sistema donde una vida particular puede tener un lugar perfectamente determinado como momento de la evolución del espíritu universal. De nuevo, la posición socrática es definida por Kierkegaard como negatividad infinita. Históricamente Sócrates está precedido por la sofística, la cual introdujo el raciocinio, pero llegando a sostener que toda la realidad era verdadera, ya que siempre podían hallarse buenas razones para todo. Sócrates dio un paso más hacia lo absoluto de la idea, al mostrar que nada es verdadero, es decir, desdendiendo la realidad finita en favor de un principio superior infinito. Pero él mismo no lo llenó de positividad, se mantuvo ahí como inspirador de un montón de escuelas que vendrían tras él. No se dio cuenta de que la verdadera libertad de la subjetividad es la que se sujeta en lo finito sin reducirse a ello, encontrando su límite y su empresa en lo objetivo.

A continuación se intercala un apéndice dedicado a analizar brevemente la concepción hegeliana de Sócrates. Aquí Kierkegaard critica al maestro Hegel, por no atender al saber fenoménico acerca de la existencia socrática, que es la investigación que el autor danés ha estado haciendo hasta este instante. Consecuencia de ello es que Hegel se equivoca al asignarle la idea de bien a Sócrates, y por eso tampoco es capaz de explicar luego en qué consiste esa idea. Como se ha mostrado ya, la postura socrática consistía en estar continuamente alcanzando la idea de bien, al igual que la de lo bello en sí, o la de lo verdadero, sin estar entre sus propósitos llegar a alcanzar positivamente ninguna de ellas.

Este apéndice puede servir de enlace con la segunda parte del tratado, que se

ocupa del concepto de ironía. Pues si en la primera parte opino que Kierkegaard nos ha dado una lección de auténtica fenomenología, cito las palabras con las que se abre aquélla: “el observador debe ser un erotista; (...) ningún detalle debe serle indiferente; junto a ello debe ejercer también su propia supremacía, pero utilizándola sólo con el fin de contribuir a la plena manifestación del fenómeno. Aun cuando el observador aporte el concepto, lo que importa es que el fenómeno permanezca intacto, y que el concepto se muestre como surgiendo del fenómeno” (pág. 81), ahora se trata de desarrollar el concepto de ironía y ver si la existencia socrática que hemos caracterizado como ironía, encaja verdaderamente en este concepto, así como si es ella la única manifestación suya o bien el concepto puede tener otras manifestaciones. Hay efectivamente, otra manifestación de la ironía, puesto que si con Sócrates entra en el mundo por primera vez la subjetividad, una vez que ella está en él debe desarrollarse, es propio de su ser el ser consciente de sí misma correspondiente a una reflexión de la reflexión. Por eso mismo, los ironistas que vienen después de Sócrates son conscientes de su propia ironía y la reconocen como su posición, es decir desarrollan el concepto de ironía. Este momento histórico es el que se sitúa tras Kant, entre Fichte y sus seguidores, a saber, Schlegel, Tieck y Solger. La exposición que Kierkegaard realiza de estos cuatro autores es una crítica del Yo infinitamente reflexionado del idealismo alemán. En realidad la postura ironica de Sócrates era un momento imprescindible para que pudiera surgir la subjetividad, sin embargo es un extravío del Yo la postura que toma el romanticismo: “a medida que, con el *criticismo*, el Yo fue sumiéndose en la contemplación del Yo, este Yo adelgazó más y más hasta terminar convirtiéndose en un espectro” (pág. 295). En lugar de hacerse una subjetividad más fuerte, estos ironistas resultaron falsos individuos, haciendo una crítica total a la realidad en su conjunto, consumaron la abstracción de su realidad histórica, colocándose en un lugar irreal-metafísico-poético que ellos mismos eligieron, al igual que optaron por diferentes tareas que se impusieron ellos mismos, ya que se desentendieron de cualquier ética o religión por temor a hacerse concretos. Se crearon así un Yo exterior, sujeto a sus sucesivos cambios de ánimo, que por eso mismo ni se poseía ni era profundo. Frente a ellos, coloca Kierkegaard al cristiano quien (y esta es la filosofía que se dedicará a desarrollar en toda su obra posterior), en vez de inventarse su tarea, reconoce su tarea propia y hace el esfuerzo de asumirla, es decir, se inserta dentro de su pasado, “le importa llegar a ser consciente de lo que en él hay de originario” (pág. 303), con lo cual no se sitúa por encima de sí mismo sino en sí mismo, su fin es su individualidad y su práctica una “ironía dominada”, se trata del verdadero individuo.

El error de Hegel consiste en haber confundido la ironía con este desarrollo del concepto de ironía, por eso no admite que la posición socrática sea ironía y le quita protagonismo dentro de su sistema. Toda la crítica furiosa que emprende contra ella debería haber sido dirigida exclusivamente contra los ironistas del idealismo alemán. Kierkegaard lamenta esta falta porque en la ironía, que Hegel mismo definió como la “negatividad absoluta e infinita”, puede reconocerse el momento “negativo” tan importante para el sistema hegeliano. Kierkegaard insistirá posteriormente sobre este hecho, a saber, la vaciedad abstracta de los conceptos sobre los que se apoya dicho

sistema, la mediación y lo negativo. En realidad, vuelve a surgir aquí la crítica que antes se lanzó contra la fenomenología hegeliana, que ahora aparece bajo la forma de la significación de la vida individual: la vida personal comienza con la ironía, y el punto de inflexión entre las diferentes épocas de la historia lo llevan a cabo los verdaderos ironistas, aquellos, no que sustentan dicha postura filosófica, sino las víctimas exigidas por el sistema cuando utilizan conscientemente su libertad desplazando la realidad antigua para dar paso a una realidad nueva en la evolución de la idea. Por eso en el sistema hegeliano no tiene cabida la verdadera acción, ni de quienes procede, las vidas personales, puesto que ellas no se dan en la idea, como pensaba ingenuamente Hegel, sino, dice Kierkegaard, en la realidad histórica. Hemos asistido al nacimiento de la realidad kierkegaardiana. Por eso, esta segunda parte de la obra es un lugar imprescindible para todo aquel que quiera asistir a dicho nacimiento, observando perplejo cómo el gran existencialista logra, estando aún inserto en el hegelianismo, tomar distancia respecto de su maestro y hacer valer las “pequeñas” aún, pero en el futuro grandes diferencias que les separan.

M^a Victoria ALONSO FERNÁNDEZ

BECK, Heinrich: *Der Akt-Charakter des Seins. (Lo actual del Ser)*. Frankfurt a.M. Peter lang 2001. 492 pgs.

En la amplísima apertura de interés filosófico del Profesor Heinrich Beck permanece, como columna vertebral filosófica, su dedicación a las cuestiones metafísicas como ofrece esta obra, *El carácter actual del Ser*, que es una ampliación especulativa sobre la doctrina tomista del ser en cuanto acto, con su realce mediante el principio dialéctico hegeliano, que muestra una preocupación histórica para la actualización, en nuestro momento, de los problemas filosóficos fundamentales.

Esta segunda edición renovada y ampliada hace que sea un libro nuevo por los suplementos que añade para la metafísica del ser material que procura un enriquecimiento para quienes siguen la fundamentalidad óntica en la historia filosófica. Así “El principio de individuación en Duns Scoto y Tomás de Aquino”, “Evolucionismo dialéctico-materialista y el ser como acto tomista” que había aparecido en 1975 como “Dialéctica materialista, el ser como acto tomista. Materialismo dialéctico y evolucionismo en el horizonte de la metafísica tomista” y también “Naturaleza-Historia-Misterio. La materia como fundamento mediador del acontecer óntico en el pensamiento de Hans André”. Todo ello pone de manifiesto la preocupación del autor por la actualización de los problemas fundamentales de la *philosophia perennis*.

Las partes centrales estudian, con análisis y rigor, el desglose del tema. *Primero*: La doctrina del ser como acto en Tomás de Aquino y el punto de partida de su desarrollo proyectivo, trayéndolo a la cuestionabilidad filosófica contemporánea, principalmente mediante la doctrina hegeliana del ser en devenir que se actualiza en sus determinaciones. *Segundo*: La apertura especulativa-sistemática del ser como acto,